

Remembranzas de mi escuela

Húber Hernando Rivera Mesa*

Cómo citar:

Rivera Mesa, H. H. (2020). Remembranzas de mi escuela. Revista Mova, 2(2).



Foto 1. Elaboración propia. (2020)
Escuela La Indiana (Municipio de Yolombó, Ant.)

Desde lejos veo mi escuela, aquella que se asemeja a una casa, pero en la cual no vive nadie. Solo unos pocos pasan por sus patios unas cuantas horas del día. Está ubicada en un pequeño alto, circundada por verdes montañas y miles de hectáreas de pinos. La miro y reconozco en ella los cambios que, con el tiempo, ha tenido. Ahora tiene unas tonalidades verdes y dibujos en las paredes: personajes de cuentos que por mucho tiempo hemos leído todas las generaciones de quienes pasamos por aquí.

*Magister en Educación



Recorro con mi mirada palmo a palmo este lugar. Poco a poco me invade una mezcla de sentimientos, en su mayoría recuerdos bonitos y uno que otro triste.

Evidentemente ha cambiado. Antes, las paredes eran blancas. Sus puertas y ventanas eran rojas y el patio era un recuadro de tierra color rojizo.

La imagen de la virgen permanece a la intemperie en el costado derecho. Todas las mañanas le rezábamos y cantábamos. Mayo era el tiempo favorito para poner las flores que, desde nuestras casas, llevábamos: rosas, lirios, hortensias, tulipanes y demás. Ellas hacían de ese un lugar majestuoso.

Todas las mañanas nos filaban para rezar y revisar el aseo personal. ¡Era todo un ritual y también una tortura saber que los piojos podrían aparecer en cualquier momento y el infortunado ser objeto de burla de compañeros!

En el costado izquierdo se levantaba un pino Ciprés. Ahora, en su lugar, se levanta un salón múltiple que, evidentemente, está a punto de derrumbarse por el paso del tiempo y la falta de cuidado.

Sí, han pasado muchos años desde que me gradué de 5° de primaria. Los cambios físicos de este lugar son notables, pero perviven algunas cosas que hacen de esta escuela un lugar genuino y mágico. Conserva ese espíritu de dama elegante y recatada; persiste esa sensación de respeto que guardan los lugares donde se construye el conocimiento; sigue siendo ese mundo encerrado que, teniendo tanta vida alrededor, se concentra en el espacio reducido del aula. El sonido de los árboles, de los pinos, sigue generando cierto temor, envolviendo este recinto de un aire misterioso.

Las mismas aulas tienen ahora más recursos, incluso con tecnologías que no teníamos hace 30 años. Las observo a través de las ventanas; las rejas me impiden adentrar un poco más mi cabeza, pero mis ojos alcanzan a ver algunos libros, cartillas de Escuela Nueva que se resisten a desaparecer. Algunos estantes, un cuaderno y un lápiz que, seguramente, un niño dejó sobre su escritorio al salir corriendo para su casa.

Me devuelvo en el tiempo y visualizo mi lugar; ya no es la misma silla, ni el mismo pupitre, pero sí el mismo lugar. Recuerdo a mis compañeros; algunos viven, otros no. Los nombres llegan a mi mente, los acontecimientos de aquella época, la niñez, las alegrías, las rondas, las angustias, la maestra, el recreo que ya no es recreo sino descanso. ¡Cómo quisiera que

siguiera siendo recreo, para recrear, para jugar a la chucha cogida, a los policías y ladrones, a la cuerda, al gato ladrón, a la golosa! Hoy se llama descanso y, difícilmente, los estudiantes juegan entre compañeros; el celular desplazó aquello que llamábamos recreo.

Vuelvo mi espalda al aula y observo las verdes montañas que me rodean. Vida silvestre, cantos y sonidos interrumpen el silencio de la escuela. Una escuela seria y elegante, como una dama de alcurnia, que se priva de la vida que la rodea; un espacio en el que se dificulta construir el conocimiento desde la realidad de los que lo habitan. Solo las ventanas ofrecen la posibilidad de conexión a un mundo real; las rejas de las ventanas nos separan del mundo vivo, mágico, natural. Las ventanas, desde su esencia, nos ofrecen la posibilidad de ver ese mundo de relaciones, de situaciones cómicas y trágicas que componen la vida misma.

Ahora recuerdo mi primer día de escuela: dos maestras, una de apellido Sánchez y otra de nombre María Inés Cardona. Ella, la mejor, la más bonita, la más cariñosa. Después, la más brava, la que nos preguntó por el nombre, la que dijo *saquen el cuaderno doble línea* y puso una muestra en el tablero de una plana de bolas y palos, círculos o rayitas, la misma cosa. La que, en ese primer día, nos escribió en el cuaderno unas letras que decían... *Felicitaciones.*

La maestra María Inés se paseaba por el salón de clase y, nuevamente, círculos y palitos, corrosocos, palitos inclinados, rayitas acostadas, rasgar papel, y pegarlo en un círculo sin salirse de éste. Transcurrieron los días y aquellos palos y círculos se fueron transformando en letras y las letras en palabras, las palabras en oraciones y las oraciones en pequeños textos.

Hoy, aún sigo en la escuela, como estudiante y como maestro, utilizando las mismas rayas que suben y bajan, los círculos, aquellos que un día trazó la mano de una gran maestra y que hoy me sirven para plasmar la palabra GRACIAS.

Gracias a mi escuela. Gracias a mi maestra.